

## EDUCAR Y ENSEÑAR

Luis A. Aguilar S.  
aguilar@iteso.mx

I

*Matrix educat. Magister Docet.* De acuerdo con este adagio clásico de la antigüedad la educación es fundamentalmente una tarea maternal. Las tareas quedan bien delimitadas frente a todas las demás. Así entendidas las tareas educativas han ido siendo asumidas por la sociedad de distintos modos. La palabra educación ha llegado a abarcarlo todo, al grado de que su uso ha perdido su referente principal, el “analogatum princeps” como se dice en la terminología escolástica. La falta de claridad a este respecto ha derivado, por una parte, en la enorme proliferación de enfoques y disciplinas que buscan estudiar el fenómeno educativo. Por otra, en la falta de claridad de lo que es educar frente a todo lo que no lo es.

Sería ilusorio, por lo demás, adoptar como analogado principal cierta concepción clásica. Para abarcar el sentido o mejor dicho, los sentidos de la educación, se podría acudir a varias estrategias: el análisis filológico, histórico, sociológico, los enfoques filosóficos, etc. De hecho existe un incontable número de estudios dedicados al tema. Hay otra estrategia, que consiste en aproximarse al fenómeno de la educación por vía de la experiencia común, como puede ser la de numerosos padres de familia y educadores.

Lo que aquí interesa es plantear en qué medida se establece un deslinde poco adecuado de los ámbitos, al grado de que se con-funden el enseñar y el educar, en el sentido nutricional, protector, abrigador, del término. Con otras palabras, se trata de saber si no hay una atribución de funciones que resulta inadecuada para el cabal cumplimiento de los propósitos de quienes se dedican a la educación y la enseñanza, ya sean personas o instituciones.

Puede decirse que la figura de la “madre educadora” es el icono en el que se combina esa doble función. Por extensión, suele hablarse de “sociedad educadora”, con el fin de señalar el alcance de las funciones y efectos que puede tener la convivencia una vez que se asumen de manera más o menos consciente intenciones que rebasan el mero estar unos con otros, resolver problemas, etc. Así también podría decirse que la “madre naturaleza” nos educa, ya sea con referencia al hombre primitivo respecto del hombre civilizado, a lo primordial que en el hombre se vincula al conjunto del reino animal, o a las crisis ecológicas que agudizan la conciencia de penuria, escasez y desamparo. Un buen ejemplo de este uso podría ser el cuento de R. Kipling, en el que el niño de la selva es educado por “mamá naturaleza”, quien lo abandona una vez que reconoce en él su naturaleza social, es decir, humana.

También se habla de *Ecclesia Mater*, la *Mater et Magistra* (Juan XXIII), la madre y maestra que enseña, la comunidad que es protectora de sus miembros en la fe, a quienes enseña a vivir de acuerdo con ella, etc. La madre que educa a sus pequeños, los mantiene en su seno –al que regresan en el momento de la muerte- mientras necesitan de su protección y cuidado. Hay una ruptura con ella, cuando el hombre y la mujer alcanzan su mayoría de edad y la abandonan. Ese es de hecho el caso ocurrido históricamente con la Ilustración. Quienes se atrevieron a pensar por sí mismos y abandonaron las tutelas que impedían su emancipación y desarrollo, abandonaron a la

Iglesia para poder pasar a vivir su edad adulta, en el desamparo, en el deseo de vivir la aventura de la vida, perdidos, atentos a sus solas fuerzas y luces.

También se ha entendido la acción educativa como una transmisión de valores, como entrega de posibilidades de vida y realización. El acto de entregar supone unos sujetos y, en ellos, una bondad que los lleva a dar de lo que han recibido. La formulación es abstracta. Las posibilidades que se entregan siempre lo son bajo formas particulares de vida, tradiciones, cosas, etc. En todas estas reflexiones subyace un supuesto humanista de fondo: la relación educativa tiene que ver con el paso de lo impersonal a lo personal. No es un proceso automático, sino que supone trabajo, cuidado, solicitud, la intención de hacer algo por alguien. Supone que el ser humano vive desde los demás, de lo que le dan y es capaz de transformar y asimilar con ello. El punto decisivo está en la capacidad de apropiación que asumen los sujetos de lo recibido.

## II

El punto de partida es la capacidad de darse cuenta de que algo ha sido dado, una entrega que se vive como gratuita o como con una carga *debetoria*, un don, etc. Educar tiene que ver con hacer que las personas se hagan (más) humanas.

Humanizar se convierte en verbo cuando se intenta hacer que el hombre viva y proceda de acuerdo con un modelo o esquema más o menos completo de lo que se concibe que es y debe ser. En cierto modo, parte del supuesto de carencias, daños, deficiencias por subsanar lo que el hombre ha sido y es a la luz de un paradigma.

La falta de confianza en el ser humano y en las promesas de una vida lograda de acuerdo con grandes ideales como la igualdad, la unidad y la justicia, plantea la pregunta por la manera en que es posible seguir concibiendo esos ideales sin capitular totalmente frente a los enormes obstáculos para darles sentido. ¿En este horizonte, cuál es la esperanza posible? ¿la unidad posible? ¿la solidaridad posible?

El individuo se ve remitido a consultar su propia interioridad y, en su soledad, frente a su propio límite y a los límites del mundo, en medio de la incertidumbre, buscar una respuesta: estos valores se localizan en un terreno próximo, son aspiraciones, deseos y anhelos que, por lo que a mi toca, puedo y quiero vivir de esta o aquella manera. El momento de la decisión individual se hace inevitable. La decisión que busca una transformación en la moral personal y social ha de contar con el factor tiempo, de largo aliento, sobre todo en este caso.

El sujeto ético, educado moralmente, se cultiva en una soledad de la que sale (es educado) movido por el vínculo social y urgido por el mundo que se impone como tarea. Pero el mundo, la realidad, no se imponen sin más. El movimiento supone una voluntad de dejarse afectar, de permitir que el mundo se imponga, es decir, que se haga evidente su fuerza vinculante, el deber. De ahí que sea ilusorio el intento de comprender al ser humano al margen de toda ética y de todo valor. El ser humano es ético en su misma raíz. Hay en él una proto-moral que lo mueve a buscar lo adecuado y actuar en correspondencia racional y razonable con ello. No es concebible una antropología sin una ética.

La búsqueda de lo humano, de lo que hace sentirse bien (“ser feliz”) haciendo lo bueno se da de la mano de los demás. El ser humano es menesteroso ante sí mismo y ante la sociedad con la que se siente vinculado para descubrir su propio ser y realizar sus posibilidades.

Por eso, educar tiene que ver con el desarrollo, el crecimiento, el avanzar. Es siempre un avanzar con otros, en dirección a ellos, a través del paso por lo que cada quien descubre que es y quiere ser, y así volver a una soledad plena. Avanzar, crecer, desarrollarse supone asistencia por parte de los demás. De ahí que la educación como dimensión maternal de la convivencia social, esté ligada de raíz a la enseñanza de las cosas básicas que ayudan a que alguien crezca, viva, florezca.

### III

La madre nutre. El padre engendra junto con la madre. Los hijos se reconocen como tales frente al padre común. Y por eso se pueden reconocer también hermanos. Hay en las figuras materna y paterna un hondo simbolismo en el que se esconde el aspecto misterioso de la educación.

Cuando digo “Padre”.... hago referencia a un compañero, un instructor, un amigo, un apoyo.... o a todo lo contrario. Si se pierde la paternidad, se pierde la común fraternidad. El padre me mueve a ser adulto, a imitarlo, a aprender de sus cualidades. La madre me mueve a volver a ella, a contar con su protección, a no olvidar sus enseñanzas básicas. Aquí parece darse un límite en la paternidad y la maternidad humanas, que llevan a ver, buscar, encontrar, proyectar ambos modos de filiación en una realidad que se percibe con oscuridad a partir de aquello que esas figuras simbolizan, como lados opuestos de una misma moneda.

¿Qué mueve al hombre a asistir a otros? La historia muestra que la asistencia puede encubrir la voluntad de dominio, de control, la amputación no intencional de las posibilidades del otro. Hay en la historia signos de un “Evangelio de la perdición” paradójicamente salvífico: la sobrevivencia prometida a quien hombro con hombro busca su patria en la tierra.

La emancipación del padre es un *exitus* de la casa paterna, una ruptura con la madre y con los vínculos. El hijo mayor de edad se vuelve pródigo, decide aprender por sí mismo andando sólo los caminos de la vida. El nuevo seno que lo acoge es el de las ramerías, y la nueva casa que le da techo es el de las porquerizas. Así se vive la aventura de la vida, perdidos.

Hay algo inagotable en la gran parábola de humanidad, particularmente en la del Hijo-Padre pródigo. Es un reflejo de la historia como *evangelio de la perdición* (Morin). El hombre que abandona el hogar se vuelve un hijo de la calle. En ella se reúne con los demás, que comparten su condición, y busca vincularse a ellos, en una re-ligación horizontal, fiel a la tierra, que desconoce y rechaza las jerarquías porque no le permite crecer, desarrollarme, ser. La humanidad se convierte en una hermandad ambigua, tan ambigua en sus promesas como la relación fraticida entre Caín y Abel.

Hacernos hermanos, porque estamos perdidos, es un deseo que se frustra en el vértigo de cada guerra, en cada conflicto. En ellos la condición humana se muestra menesterosa en toda su radicalidad. Redescubrir la fraternidad se convierte en el deseo, el impulso, la aspiración soterrada bajo las voces del desencanto. Tras el abandono del movimiento a la solicitud por el prójimo, el otro se convierte en oportunidad para sacar provecho propio. El mundo tiene un rostro que me advierte que debo vivir con cautela. Los demás están al acecho.

#### IV

El ser humano vive bajo el riesgo permanente de dañar cada vez más los ya deteriorados vínculos humanos que apenas nos siguen uniendo. En este contexto, hacer de la fraternidad un proyecto con sentido se muestra como el más utópico e indeseable de los proyectos. ¿Quién desea hacerse hermano de Caín?

Habrá que vivir y pensar la solidaridad, la unidad y la igualdad en contextos muy localizado. Por lo que a mi toca, me voy a hacer hermano del que está junto a mi, del que me encuentro a mi paso, pero dentro de mi territorio, con quienes ya existe un sentimiento de cohesión y frente a quienes me ayudan a redescubrir el sentido, uno, así sea provisional.

Lo que parece vincular hoy a los hombres es la tarea común, el hacer de la “tierra patria” un lugar habitable, un evangelio de reencuentro, sin punto omega.

El padre y la madre común están ausentes, sin que exista claridad sobre quién fue el primer en abandonar al otro. Hay ruptura entre sí, y entre ellos y sus hijos. El padre-madre común se oculta. El ser humano sigue buscando su desarrollo. Quiere crecer, ser, aprender a vivir, pero ya no sabe de la mano de quien. Su hermano puede ser su peor enemigo. Pero no parece poder contar con nadie más. Nadie puede enseñarle al hombre a ser humano. La tierra parece ser el único seno acogedor. Como en tantos hogares rotos, el padre es el gran ausente.